

el servicio de Dios, y que ya te tiene señalada la tarea de aquel día. En todo lo que hicieres, sea lo que fuere, has de tener presente que trabajas para Dios y delante de sus ojos; la principal obra que te pide son las obligaciones de tu estado, de tus empleos y de tu cargo; resuélvete á desempeñarlas con toda la posible aplicacion y exactitud. Si tienes otras obligaciones de religion, de caridad y de atencion, tambien te las pide tu soberano Dueño; cúmpelas con piedad, con ardor y con diligencia. El motivo es el que da el mérito y el valor á la mayor parte de las obras; en todas las que hicieres considérate como siervo de Dios, y por la noche ponte en su presencia para darle exacta razon de todo lo que has hecho durante el día. Acuérdate de que el siervo perezoso fué tratado como el siervo infiel; pórtate con tanta fidelidad, con tanto puntualidad y con tanta prudencia, que todos los dias te pueda decir el padre de familias (1): *Euge, serve bone, et fidelis*: alégrate, fiel y exacto siervo mio, que hoy te has portado bien.

DIA CATORCE.

SAN BUENAVENTURA, CARDENAL, OBISPO Y CONFESOR.

Nació en Bagnarea de Toscana, ciudad pequeña del estado eclesiástico, el año de 1221, para ser uno de los mas brillantes astros de la iglesia de Occidente; uno de los principales ornamentos de la religion de san Francisco; admiracion de los mayores, mas sabios y mas santos hombres de su siglo; y en fin para ser apellidado *el Doctor seráfico* con justisima razon. Su padre se llamó Juan Fidenza, su madre Maria

(1) Matth. 25.

T. 7.

P. 286.



S. BUENAVENTURA,

CARDINAL, O. Y C.

Ritelli, ambos mas distinguidos por su gran virtud que por sus cuantiosos bienes de fortuna, y por su no menos antigua que calificada nobleza. En el bautismo se le puso el nombre de Juan; pero habiendo caido peligrosamente enfermo casi cuatro años despues, tanto, que le desahuciaron los medicos, le encomendó su piadosa madre á las oraciones de san Francisco, que vivia á la sazón y se hallaba en el mismo lugar, ofreciendo al Señor que si daba salud al niño le consagraria á su Majestad en la religion del seráfico padre. Este hizo oracion por el niño, y quedando de repente sano, exclamó el santo en su lengua italiana: *¡O buona ventura!* ¡O dichoso suceso! y desde entonces toda la familia, trasportada de gozo en vista de aquella maravilla, le comenzó á llamar Buenaventura, nombre que quedó despues al santo doctor.

Luego que se asomó el uso de la razon, tuvieron gran cuidado sus padres de advertirle el milagroso modo con que el cielo le habia conservado, previéndole que el nombre que tenia era testimonio y memoria del milagro. Hizo este beneficio mas impresion de la que correspondia á su edad en aquel corazon tierno, blando y nacido para la virtud, acompañado de un entendimiento vivo y perspicaz. Ni la hicieron menor en él las primeras lecciones que le dieron. Apenas conoció á Dios, cuando le amó, y se hicieron manifestas las particulares bendiciones con que le habia prevenido el cielo desde su misma niñez. Notóse que para él no tenian ningun atractivo los entretenimientos pueriles, y se observó como carácter propio suyo casi desde la misma cuna un grande amor á la pureza, y una ternísima devocion á la santísima Virgen, conservando toda la inocencia de sus costumbres y todo el fervor de su devocion en el curso de sus estudios.

En ellos hizo maravillosos progresos; pero no

fueron menores los que hizo en el ejercicio de la virtud. Disgustóse del mundo antes de haberle conocido; y cuando se halló en edad proporcionada, solo pensó en cumplir lo que su madre había prometido. Pidió el hábito de los frailes menores; concediéronsele, y el estado religioso dió la última mano á la perfeccion de aquella grande alma. Concluido el noviciado, le enviaron á estudiar la teología en París, siendo su maestro el célebre Alejandro de Alés, quien, en vista de la gran santidad de su discípulo, solia decir que Buenaventura parecia no haber pecado en Adán.

No habia religioso mas humilde, mas pobre, ni mas ejemplar. Animado con el mismo espíritu del santo fundador, parecia san Francisco resucitado en san Buenaventura; la misma abnegacion de sí propio; el mismo zelo por la observancia de la santa regla; el mismo desasimiento de todo y las mismas penitencias. Por el tierno amor que profesaba á Jesucristo en el adorable sacramento de la Eucaristía, pasaba horas enteras al pié de los altares deshaciéndose en dulces lágrimas. Antes de ser sacerdote eran sus delicias comulgar con la mayor frecuencia posible; y se dice que, habiéndose abstenido un dia de la sagrada comunión por reverencia y por respeto, fué comulgado por mano de un ángel.

Recibió con el sacerdocio el último retoque de su virtud, y todo el cumplimiento de sus amorosas ansias. A los que le veian en el altar se les comunicaba la devocion del sacerdote. Las dulces lágrimas que derramaban sus ojos y el fuego que despedia su semblante daban testimonio de que se estaba oyendo la misa de un santo. Su recogimiento interior, sus conversaciones y su modestia eran pruebas de su íntima union con Dios. Parecia estar continuamente en oracion, y con efecto empleaba codiciosamente

en ella todo el tiempo que le dejaban libre sus estudios y las demás ocupaciones. El coro era su recurso para recrearse y para cobrar nuevas fuerzas para trabajar. La materia mas ordinaria de su meditacion era la vida, pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo. Compuso un obrita sobre este asunto, con una meditacion para cada dia de la semana; dió á luz un tratadito de la oracion mental; dispuso algunas oraciones vocales, y escribió de la sublime contemplacion con tanta energia y uncion, que desde entonces mereció el título de Doctor seráfico.

Aunque parecia estar totalmente dedicado á estos ejercicios de devocion, hacia al mismo tiempo tan asombrosos progresos en las ciencias, que, aunque no contaba todavía treinta años, le escogió la universidad de París para enseñar públicamente en ella, dándole la cátedra de filosofía y de teología. Explicó al Maestro de las sentencias tan á satisfaccion y con tanto aplauso, que se puede decir le debió aquella universidad, no menos que á santo Tomás de Aquino, gran parte del alto concepto y reputacion que ya se habia granjeado en aquel siglo. En ella se conocieron y se trataron los dos santos, estrechando entre sí aquella íntima amistad, que fué el mejor panegirico de los dos, y que duró tanto como su vida.

Así brillaba el santo doctor en la célebre escuela de París, siendo estimado y venerado de los mas sabios y mas santos prelados de la Europa, tanto por la fama de su eminente virtud, como por el merecido crédito de su gran sabiduria, cuando su seráfica religion quiso disfrutar este tesoro, aprovechándole mas inmediatamente en su propia utilidad. Estaba congregado en Roma el capitulo general de la orden para la eleccion de general, y presidia en él personalmente el papa Alejandro IV. Unieronse todos los votos en favor de nuestro santo; y aunque á la sazón no tenia

mas que 35 años, fué elegido general por todos los votos, no habiéndole faltado mas que el suyo. Confirmó el papa la eleccion; y por mas que la humildad de fray Buenaventura renunció, resistió y representó, le fué preciso obedecer. Su misma conducta en el gobierno justificó el acierto, mostrando siempre una gran prudencia, un vigoroso zelo por la observancia religiosa, mucha firmeza y no menor teson, pero sazonado con admirable dulzura, y la mayor aplicacion á conservar en su vigor el primitivo espíritu de la órden: el empleo de ministro general solo sirvió para hacer mas visible su profunda humildad. No habia hombre de mayor mérito, ni que mas bajamente sintiese de sí. Aunque estaba oprimido de negocios, no se dispensó en ninguna de sus ordinarias penitencias, y mucho menos en su frecuente recurso á la oracion: la elevacion del empleo no le estorbaba el ejercer los oficios mas humildes del convento; y siendo general, servia á los enfermos con la misma caridad que si hubiera tenido el destino de enfermero.

Ni el tiempo que ocupaba en los negocios públicos puestos á su cargo le impedia el cumplir exactamente con sus devociones particulares, y lo que es mas, le distraia bien poco de sus acostumbrados estudios. Por espacio de diez y ocho años gobernó toda la órden con tanta prudencia, con tanto acierto y con tanta moderacion, que no contribuyó poco al gran esplendor que adquirió en el mundo la religion de san Francisco, haciéndola tan célebre en todo el universo, y siendo uno de los mas bellos ornamentos de la Iglesia católica. La vigilancia en precaver todo cuanto podia introducir alguna relajacion en la observancia, la acreditaron bien los prudentes estatutos que hizo en el capítulo general que se celebró en Narbona el año de 1260; pero no se limitaba su zelo

precisamente á promover el mayor bien de su religion.

Como por razon de su oficio se veia precisado á visitar diferentes provincias de la Europa, no malograba ocasion de solicitar en todas partes la mayor gloria de Dios, ni de trabajar en la salvacion de las almas. Predicaba, instruia y confesaba con inmenso fruto, haciendo muchas y admirables conversiones. Valiase del crédito y del favor que su virtud y su empleo le merecian con los principes y con los prelados para la reforma de las costumbres y para el aumento de la piedad cristiana. Pasando su zelo mas allá de los mares, envió muchos religiosos para que predicasen la fe á los infieles.

Sobre todo, no perdía ninguna ocasion de extender y de aumentar el culto de la santísima Virgen, por la tierna devocion que profesaba á esta Señora. Conformándose con el espíritu de su seráfico Padre, quiso que se dedicasen á esta soberana Reina casi todas las iglesias de la órden; que se celebrasen en ella con la mayor solemnidad todas sus fiestas; y para inspirar la misma devocion en todos los pueblos, se valió de todo su crédito y de todas sus piadosas industrias. Fuera de sus ordinarias exhortaciones y de las conversaciones familiares, en que siempre habia de entrar la devocion á la santísima Virgen, escribió muchos tratados para promoverla. Compuso un oficio particular de la Virgen con muchas oraciones llenas de ternura; hizo un nuevo salterio, aplicando á la Virgen las sentencias y las palabras de David con tanta devocion y con tanta oportunidad, que parece haber sido inspirado el nuevo salmista por el mismo Espíritu que inspiró inflamados afectos al antiguo.

Apenas se puede comprender cómo un hombre, abrumado con el peso de tantos negocios, pudo hallar tiempo para enriquecer la Iglesia con tanto

número de excelentes obras, llenas todas de energia y de una devocion que era el carácter propio de su pluma. En todos sus escritos está derramada cierta especie de mocion, que, alumbrando el entendimiento, enciende la voluntad en el fuego de aquel divino amor en que él mismo se abrasaba. Por eso dijo el célebre Gerson que san Buenaventura era sólido, elocuente y devoto, y que para los verdaderos teólogos no habia doctrina mas sana ni mas salutable que la suya.

Gerardo de Abbeville, doctor parisiense, abrazó el partido de Guillelmo de Sant-Amor, y escribió contra los frailes mendicantes: tomó la pluma san Buenaventura, y le refutó por escrito con aquella admirable obra que intituló: *Apologia de los pobres*, y tapó la boca al calumniador. Otras muchas obras compuso en defensa de su religion, y para explicar la regla de san Francisco. Tenemos del santo muchos tratados de filosofia y de teologia; excelentes comentarios sobre el antiguo y nuevo Testamento; muchos sermones eficaces y doctrinales; gran número de tratados espirituales, en cuya atencion justamente es tenido san Buenaventura por uno de los mayores doctores de la mistica teologia. Las meditaciones sobre la vida y muerte de Jesucristo son de exquisito gusto, y el método es verdaderamente original. La vida que compuso del seráfico padre san Francisco no fué la menor de sus obras. Cuando la estaba escribiendo le fué á visitar su amigo santo Tomás, y sabiendo en lo que estaba ocupado, no quiso entrar, diciendo: *Dejemos al santo trabajar para otro santo; seria imprudencia interrumpirle*. Pasando en otra ocasion á verle el mismo santo doctor, y admirado de la celestial sabiduria de sus escritos, le preguntó confidencialmente, ¿en qué libros estudiaba aquella elevada doctrina, y dónde habia aprendido aquella elocuencia tan llena de devocion? Descubrióle entonces san Bue-

naventura un crucifijo y le dijo: *Este es el libro donde estudio todo lo que enseño*.

Concluido el capitulo general de Pisa, donde estableció diversos y muy prudentes reglamentos, pasó á Roma con el fin de suplicar al papa Urbano IV nombrase un cardenal que fuese protector de su orden, y su Santidad nombró al cardenal de los Ursinos. Temiendo el santo que el cuidar de las monjas de Santa Clara seria con el tiempo una carga demasiadamente gravosa para sus frailes, suplicó al papa se sirviese exonerarlos de ella; pero no queriendo el pontifice privar á las religiosas de los muchos bienes que podian sacar de su espiritual asistencia, se contentó con especificar, en la bula, que los frailes menores no estarian obligados á asistirles de justicia, sino de pura caridad.

El papa Clemente IV, sucesor de Urbano, le estimó y le amó tanto como sus predecesores. Nombróle para el arzobispado de Yorek, que en aquel tiempo era una de las mayores y mas autorizadas sillas episcopales de la Iglesia; pero no fué posible vencer su humildad; pues, aunque el pontifice quiso usar de su autoridad, el santo se arrojó á sus piés, lloró tanto y le hizo tales instancias, que al cabo le rindió. Pero le duró poco su alegría, porque Gregorio X, menos flexible que Clemente, resolvió absolutamente elevarle á las primeras dignidades, ilustrando al sacro colegio con un sugeto de aquel mérito. Creóle cardenal y le envió la birreta por dos nuncios, que le hallaron en el convento de Magelo fregando los platos en la cocina. No interrumpió esta humilde ocupacion por la noticia de la nueva dignidad; prosiguió fregando hasta que acabó su labor; y precisado á obedecer, partió á Roma. Acababa el papa de convocar un concilio general en Leon de Francia, y tenia ya pensado que Buenaventura fuese como el oráculo del

concilio, por lo que le recibió con el mayor alborozo, y luego le consagró por obispo de Albano.

Acompañó al pontífice el nuevo cardenal en su viaje á Leon, donde se hizo la apertura del concilio, presidido por el mismo papa, el día 7 de mayo de 1274. Predicó san Buenaventura en la segunda y tercera sesión, siendo como el alma de todas las conferencias. Brillaron tanto en todas las ocasiones sus milagrosos talentos, que así los griegos como los latinos le reconocieron por uno de los hombres mas santos y mas sabios que habia entonces en la Iglesia. Habiendo trabajado mas que otro alguno, tanto en la reunion de los griegos, como en las demás materias que se trataban en el concilio, cayó en una gran debilidad, acompañada de continuos vómitos. No es ponderable cuánto afligió á todos los padres la enfermedad del cardenal, á quien todos veneraban como el oráculo del concilio; pero queria el Señor premiar sus trabajos y coronar sus méritos en medio de aquella augusta asamblea, y así pasó de esta vida á la eterna el día 14 de julio del año 1274, contando solamente 53 de edad.

Lloróle todo el concilio; y el papa al frente de todos los padres asistió á sus exequias, que se celebraron con extraordinaria pompa en la iglesia de los franciscos, donde el cardenal de Tarantesio, despues papa con el nombre de Inocencio V, predicó la oracion fúnebre. Desde luego manifestó Dios la gloria de su siervo con mucho número de milagros, y no fué el menor el que sucedió 160 años despues de su muerte. En el de 1434 edificaron los frailes menores una nueva iglesia, y se abrió el sepulcro del santo para trasladar á ella sus reliquias; halláronse consumidas las carnes, pero la cabeza tan entera como el mismo dia de su muerte, con todos sus cabellos, sus dientes, y la lengua tan fresca, los labios tan encarnados, y el color del rostro tan perfecto y tan vivo, como si el santo

lo estuviera. Colocáronse los huesos en una urna, y la cabeza en un relicario separado, que hasta hoy es objeto de la veneracion de los fieles; pero habiéndose apoderado de Leon los calvinistas en el siglo siguiente, quemaron públicamente sus huesos, y arrojaron las cenizas en el Ródano. La santa cabeza se libertó de su furor por la constancia de un religioso de san Francisco, á quien no fué posible obligar á descubrir donde estaba oculta aquella preciosa reliquia por mas horribles tormentos que le dieron. La ciudad de Bagnaréa, patria del santo, conserva un hueso del brazo, que le enviaron de Leon cuando las reliquias se trasladaron á la nueva iglesia. Canonizóle solemnemente el papa Sixto IV; y Sixto V mandó se rezase un oficio doble, y le colocó en la clase de los doctores de la Iglesia.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Leon de Francia, la muerte de san Buenaventura, cardenal y obispo de Albano, confesor y doctor del orden de san Francisco, ilustre por su saber y santidad de vida.

En Roma, san Justo, soldado al mando del tribuno Claudio, que, convertido á Jesucristo en la aparicion milagrosa de una cruz, y bautizado al punto, dió á los pobres cuanto poseia. Despues fué preso por orden del prefecto Magnecio, quien le mandó azotar con vergas, ponerle sobre la cabeza una celada candente, y arrojarle por último en medio de una fogata; y sin perder un solo cabello ni recibir lesion alguna, rindió su espíritu confesando el nombre del Señor.

En Sinopa, provincia del Ponto, san Fóras, mártir, obispo de aquella ciudad, que se fué al cielo despues de haber aguantado valeroso cárceles, grillos, cadenas y el suplicio del fuego por el amor de Jesucristo.

Sus reliquias, llevadas á Viena de Francia, fueron depositadas en la basilica de los santos apóstoles.

En Alejandria, san Heráclas, obispo, que Africano el historiógrafo dice haber ido á Alejandria á causa de su grande reputacion.

En Cartago, san Ciro, obispo, en cuya fiesta pronunció san Agustin sobre sus virtudes un sermón al pueblo.

En Como, san Felix, primer obispo de aquella ciudad.

En Bresa, san Optaciano, obispo.

En Deventer en Bélgica, san Marcelino, apellidado Marzômes, presbítero y confesor.

Cerca de Chambon en el Berri, san Justo, confesor, colaborador de san Ursino en el establecimiento de la fe.

En Leon de Francia, san Amico, confesor.

En Alejandria, los santos mártires Menesideo y algunos otros.

En Africa, los santos mártires Papias y Donato.

En los confines de Egipto y de Etiopia, san Ubolo y compañeros hasta el número de doscientos sesenta mártires.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui populo tuo æternæ salutis beatum Bonaventuram ministrum tribuisti: præsta, quæsumus, ut quem doctorem vitæ habuimus in terris, intercessorem habere mereamur in cælis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que te dignaste darnos por ministro de nuestra eterna salvacion al bienaventurado Buenaventura; concédenos que sea nuestro intercesor en el cielo el que merecimos tener por nuestro doctor en la tierra. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 4 de la segunda que escribió el apóstol san Pablo á Timoteo.

Charissime: Testificor coram Deo et Jesu Christo, qui judi-

Carísimo: Te conjuro delante de Dios y de Jesucristo, que

caturus est vivos et mortuos, per adventum ipsius, et regnum ejus: prædica verbum, insta opportunè, importunè; argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus, cum sanam doctrinam non sustinebunt, sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros, prurientes auribus: et à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. Tu verò vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meæ instat. Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die justus iudex: non solum autem mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

ha de juzgar á los vivos y á los muertos por su venida y por su reino, que prediques la palabra, que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amenes con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos que les halaguen el oido, y no querrán oir la verdad, y se convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demás tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel día, el justo juez: y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

NOTA.

« Era Timoteo obispo de Éfeso, y san Pablo estaba » ya en vísperas de su martirio, considerándose » como una víctima rociada con las libaciones, y dis- » puesta para el sacrificio, cuando le escribió esta » carta; por lo cual la considera san Juan Crisóstomo » como el testamento del Apóstol. »

REFLEXIONES.

Vendrá tiempo en que los hombres no sufrirán la sana doctrina. Si la triste experiencia de todos los

siglos no hubiera verificado esta profecía, ¿la creerian los fieles con mucha facilidad? ¿quién podría imaginar que, siendo los hombres tan interesados, no aspirando mas que á su provecho, poniendo tanto cuidado en no ser engañados, y amándose tanto á sí mismos, no han de poder tolerar la sana doctrina? Pues sin ella todo es error, todo descamino, todo ilusion, todo veneno y todo es lazos. Doctrina sana en los dogmas, y doctrina sana en las costumbres; no hay otro camino para la salvacion; no hay otra guia segura. La fe y la moral de Jesucristo, en esto estriba todo el edificio; la fe nos alumbrá, la moral nos instruye; ya se yerre en uno, ya en otro, es igual el peligro; sin luz es preciso descaminarse; con falsas instrucciones no se puede ir derecho. ¿Cuándo se vió pureza de costumbres sin fe? ¿y de qué sirve la fe sin las obras? No seguir la doctrina sana en materia de fe, es herejía; no seguirla en materia de costumbres, es impiedad, es disolucion. Buscar doctores que yerren en la fe, es quererse perder; buscarlos anchos, indulgentes y relajados, es, por decirlo así, cerrar la puerta á la esperanza de la enmienda. La menor sospecha que se tenga de un doctor en materia de fe, basta para que visiblemente ponga en riesgo su salvacion el que le consulta y le toma por director. Si este altera la doctrina del Evangelio, ¿se arriesga poco en escogerle por guia y por médico espiritual? Cuando se trata no menos que de la salvacion eterna, ¿quién dirá que están de sobra las mayores precauciones? La sana doctrina es la única que puede conducir seguramente al puerto de la salvacion; ella sola alumbrá el entendimiento, mueve el corazon, disipa el error y doma las pasiones. Sin ella, ¿quién se libra del naufragio? Cuando el piloto pierde de vista la estrella, no es posible navegar mucho tiempo en un mar alborotado sin perecer. Si el médico lisonjea á la

enfermedad, si los remedios no son adecuados, si el régimen es contrario á la salud, ¿en qué ha de parar el enfermo? Desengañémonos, la sana doctrina, que es la de Jesucristo y la del Evangelio, es la única doctrina de la salvacion. ¿Pues cómo es posible disgustarse de ella? No se la puede sufrir porque doma el orgullo, porque mortifica los sentidos, porque refrena las pasiones, porque es contraria al amor propio. ¿Y en qué viene á parar el no seguirla? Los herejes y los licenciosos no la siguen; pues los que siguieren la misma doctrina que ellos, tendrán tambien el mismo paradero.

El evangelio es del cap. 5 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis : Vos estis sal terrae. Quod si sal evanuerit, in quo salietur? ad nihilum valet ultra, nisi ut mittatur foras, et conculcetur ab hominibus. Vos estis lux mundi. Non potest civitas abscondi supra montem posita. Neque accendunt lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum, ut luceat omnibus qui in domo sunt. Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in caelis est. Nolite putare quoniam veni solvere legem, aut prophetas: non veni solvere, sed adimplere. Amen quippe dico vobis: donec transeat caelum et terra, jota unum, aut unus apex non præteribit à lege, donec omnia

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se deshace ¿con qué se salará? Para nada tiene ya virtud, sino para ser arrojada fuera, y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela, y la ponen debajo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbré á todos los que están en casa. Resplandezca, pues, así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos. No juzguéis que he venido á violar la ley, ó los profetas: no vine á violarla, sino á cumplirla. Porque os digo en verdad, que hasta que pase el

fiant. Qui ergo solverit unum de mandatis istis minimis, et docuerit sic homines, minimus vocabitur in regno caelorum: qui autem fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno caelorum.

cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde faltarán de la ley, sin que se cumpla todo. Cualquiera, pues, que quebrantare alguno de estos pequeños mandamientos, y enseñare así á los hombres, será reputado el menor en el reino de los cielos, mas el que los cumpliere y enseñare, será llamado grande en el reino de los cielos.

MEDITACION.

DE LOS CONSUELOS DE LA VIDA PERFECTA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la vida perfecta es la de una alma verdaderamente cristiana, que ama á Dios sin excepcion y sin reserva, cuyo único deseo es agradarle, ocupada enteramente en darle gusto, y en mirar con horror cuanto le puede ofender. ¿Dónde hay vida mas dulce, mas tranquila, mas feliz?

No tiene la perfeccion cristiana ni los rigores, ni las molestias, ni las dificultades que nos imaginamos; pide necesariamente entregarse á Dios con toda el alma, y á quien se entrega á Dios con toda el alma, todo le es muy facil. Los que son enteramente de Dios, sin repartirse con otros, siempre están contentos; porque solo quieren lo que Dios quiere, y tienen gusto en hacer por él todo lo que quiere. Pues como Dios no puede querer sino lo mejor, lo que nos es mas útil y mas conveniente, estas generosas almas, estas almas santas, al mismo tiempo que se despojan de todo por amor de Dios, encuentran el céntuplo en el mismo generoso despojo. La paz de la conciencia; la libertad del corazon; el consuelo

de abandonarse en las manos de Dios; la alegría de verse cada dia iluminados con nuevas luces; y en fin, aquel desembarazo de los temores y de los deseos tiránicos del siglo, forman aquel céntuplo de felicidad que los verdaderos hijos de Dios gozan en medio de los trabajos, con tal que sean fieles. Padecen, no lo niego; pero desean padecer, y no trocarán sus penas por todos los falsos gustos del mundo. Afligen, atormentan á sus cuerpos los mas crueles dolores: es así; pero su voluntad firme y tranquila encuentra en ellos los mayores consuelos. Los mundanos, los dichosos del siglo, solo pueden gozar una alegría pasajera, y aun esa muy superficial. Un poco de reflexion basta para cubrir de amargura el corazon mas alegre; pero la perfeccion cristiana está á cubierto de todos estos insultos: la alegría que ocasiona es pura, constante y sólida; lejos de turbarla la reflexion, la aumenta y la confirma. Pondérense cuanto se quisiere los gustos del mundo; ni uno solo se encontró jamás que satisficiera el alma. Esos gustos y esas alegrías son efectos de algunas pasiones, y no pueden ser otra cosa. ¿Pues cuándo hubo pasion moderada y amiga de nuestra quietud? Son nuestras pasiones el funesto manantial de nuestros cuidados y de nuestros desasosiegos, y á ellas solo se reducen todas las alegrías mundanas. Los felices sucesos de la ambicion, del interés, del amor á la diversion, los frutos de la venganza ó de la emulacion, á eso se reduce la felicidad que causan las complacencias del mundo. ¡Ah buen Dios, y qué complacencias!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que Dios nos pide una voluntad entera, esto es, que no esté repartida entre él y alguna criatura; una voluntad dócil y manejable, puesta enteramente en sus manos, que solo desee lo que Dios